Hace setenta años…

Breve historia de la fundación de la Buena Muerte de Córdoba (1943-1955)

José Alfonso Capdevila Gómez

Eduardo Capdevila González

Hace setenta años…: Breve historia de la fundación de la Buena Muerte de Córdoba (1943-1955)
José Alfonso Capdevila Gómez y Eduardo Capdevila González

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-15935-72-8

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2013 José Alfonso Capdevila Gómez y Eduardo Capdevila González
© 2013 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

A José María Castanys de Velasco, quien infundió en los autores, bien de forma mediata, bien inmediata, la ilusión por conocer la Historia de la Hermandad de la Buena Muerte.

Con nuestro agradecimiento a D. Rafael López Gutiérrez, D. Carlos Capdevila Gómez y D. Cristóbal Losana Ruiz, quienes con sus ideas, sugerencias y correcciones, posibilitaron la redacción de la presente obra. Agradecimiento que hacemos extensivo a Don Enrique Garrido Montero, Teniente de Hermano Mayor actual de la Hermandad de la Buena Muerte de Córdoba —y archivero de facto—, sin cuya colaboración no habríamos concluido este libro y a D. Antonio López Cánovas, autor de las fotografías.

* * * * * *

Nota.— Los derechos de propiedad intelectual de la presente obra han sido cedidos a Cáritas Diocesana, en virtud de escritura de donación otorgada el 19 de junio de 2013 ante el Notario D. Pedro Velamazán Perdomo, número 1449 de protocolo.

Hace setenta años…

Breve historia de la fundación de la Buena Muerte de Córdoba (1943-1955)

Prólogo

Hace escasos meses llegaba un mail a mi cuenta de correo en el que el remitente –nervioso como un bachiller- solicitaba concertar una entrevista con quien escribe para acceder al Archivo de nuestra querida Hermandad de la Buena Muerte. El fin, como el lector puede suponer, no era otro que aportar aún más datos al relato escrito que hoy llega a nuestras manos. Lo que el remitente no conocía, es que quien recibía aquel correo electrónico estaba aún más nervioso por mantener correspondencia con quien ligado a su apellido, llevaba una de las épocas históricas de nuestra Cofradía. Tan pronto conocido, y visto que el nerviosismo previo de ambos no era otra cosa que profundo respeto por la Buena Muerte, pude apreciar que el trabajo que hoy recibe como regalo la ciudad de Córdoba, se llevaba pergeñando más de dos décadas y que hubo de ser un nuevo y fortalecido eslabón, Eduardo, quien diese el empuje suficiente para llevar al papel lo que tanto tiempo se pensó.

José Alfonso Capdevila en plena juventud y con el cargo de Mayordomo en el Cabildo de Oficiales de la Buena Muerte, emprendió la aventura de contactar con todos los fundadores de nuestra Cofradía. Estos, que en muchos casos habían sido maltratados por quienes les siguieron, vieron en él la posibilidad de volver a colaborar –aunque fuese depositando sus recuerdos, vivencias y algún que otro objeto personal- con su querida Hermandad de Córdoba. Aquellos desvelos por rescatar del olvido las intrahistorias que, al final, son las que aportan

solidez al relato histórico de cualquier hecho, se ven volcadas en el presente libro. Las numerosas horas empleadas y los kilómetros recorridos en busca de los citados fundadores, se ven aderezados por la búsqueda incesante de documentación, prensa, publicaciones y el estudio minucioso del archivo de la corporación. Todo ello, se nos da hoy en un libro de la etapa primordial de cualquier Cofradía, la de su fundación.

De otro lado, no puedo dejar pasar la oportunidad que me conceden –inmerecidamente- José Alfonso y Eduardo al escribir el presente prólogo, para destacar lo que este libro aporta a la Buena Muerte de hoy. Aquellos que fundaron nuestra Hermandad, tuvieron a bien embarcarse en una empresa faraónica llevando sus encargos a los mejores artistas de la época, lo que suponía ir a Sevilla, donde la tradición cofrade había logrado que, a pesar de los vaivenes históricos, hubiese personas capacitadas para ejecutar obras de tan alto calibre como las que hemos recibido. Pues bien, hagamos un alto en el camino. ¿Qué tipo de obras están culminando el patrimonio de las Hermandades de aquella ciudad? El documental. Y Córdoba en su lógico retardo, ve en las últimas décadas un pequeño florecer de publicaciones acerca de nuestras corporaciones, donde sin duda la que nos ocupa, viene a llenar un vacío inconmensurable por lo que la Buena Muerte supone para la Semana Santa contemporánea de Córdoba. Nunca las generaciones de hermanos de Buena Muerte que sin haber conocido a los fundadores, hemos recibido el fruto de su esfuerzo, daremos su-

ficientemente las gracias a los autores por el regalo que nos brindan. Hoy la Buena Muerte, Hermandad cofrade donde las haya, ve cubierta una de sus grandes lagunas.

Finalmente, aunque los autores así lo quieran, no debemos ocultar que el beneficio que se obtenga con el presente libro irá destinado a Cáritas, lo que no hace sino dar ejemplo de la vasta calidad humana de quienes lo han hecho realidad.

José Alfonso, Eduardo, que esta obra no sea sino una nueva primavera en vuestra vinculación con nuestra Cofradía. Todo sea por ella. Todo sea por la Buena Muerte.

En Córdoba, a 15 de julio de 2013.

Enrique Garrido Montero.
Teniente de Hermano Mayor de la Hermandad de la Buena Muerte.

EN EL PRINCIPIO ERA EL VERBO[1]

En los primeros días de Octubre de 1943, y bajo el auspicio y proyecto del Reverendo Padre D. José Fernández Cuenca S.I. [2], tuvo lugar la reunión constituyente de la Hermandad de Nazarenos Congregantes del Santísimo Cristo de la Buena Muerte y Nuestra Señora Reina de los Mártires de Córdoba, que se erigiría canónicamente en la Real Colegiata de San Hipólito de dicha capital. Formaron aquella primera Mesa Fundacional Don Enrique Luque Ruiz –Hermano Mayor-, Don José Barea Saborido -Teniente Hermano Mayor-, Don Cristóbal Losana Cotarelo -Mayordomo-, Don Miguel Rioboo Enríquez -Secretario- y Don Julián Pérez Barquero –Fiscal-. Completaron el primer Cabildo de Oficiales Don Antero Rodríguez de Liévana –Tesorero-, Don Enrique Quintela Barrios –Diputado Mayor de Gobierno-, Don Juan Serrano de Roxas -Diputado de Cultos- y Don Rafael Quintela Barrios -Prioste de Cristo-.

---

[1] Palabras del Libro de Reglas de la Cofradía, miniado en 1954, que transcribe, en latín, el prólogo del Evangelio de San Juan.

[2] Nacido en la localidad granadina de Pinos Puente en 1892, ingresó en la Compañía de Jesús en 1907, a la edad de 15 años, siendo ordenado sacerdote el 1 de agosto de 1924. Sorprendido por la República en el cargo de rector del noviciado de la Compañía de Jesús en el Puerto de Santa María, organizó el éxodo de los jesuitas andaluces a Bélgica tras el Decreto de expulsión de 23 de enero de 1932, en virtud del cual y por aplicación del artículo 26 de la Constitución de la II República se ordenó la disolución de la Compañía, a causa del cuarto voto –obediencia al Papa- dando un plazo de diez días a sus componentes *"para abandonar la vida religiosa en común y someterse a la legislación"*. Fue nombrado Provincial de la Bética, cargo que ejerció desde 1933 a 1939. A principio de la década de los cuarenta fue destinado a Córdoba, ciudad a la que estuvo vinculado estrechamente hasta su fallecimiento.

Al término de la Guerra civil, distintas órdenes religiosas establecidas en Córdoba accedieron a que en sus respectivos templos se erigieran algunas hermandades, unas de nueva creación, y otras refundadas. El Padre Fernández Cuenca, Superior de la Residencia de San Hipólito y Rector del Seminario Conciliar de San Pelagio, coincidiendo en el tiempo con el resurgir de las hermandades tras el trienio bélico, concibió la idea de formar una cofradía de penitencia para ligar a los jóvenes de las Congregaciones Marianas, radicadas en dicha Colegiata, con las antiguas Congregaciones de la Buena Muerte, asociaciones peculiares de la Compañía de Jesús muy extendidas durante el siglo XVII, que los jesuitas consideraban como "propias"[3]. Y aunque es cierto que las cofradías que orientaban sus devociones a la preparación de la muerte tienen un origen muy antiguo, que suele situarse en el siglo XIII, cuando se añade en el Ave María la petición de ayuda en la hora de la muerte, tal proyecto se arraiga y hace exclusivo de la Compañía de Jesús a partir de 1648, cuando el Prefecto General Vicente Caraffa funda la "Asociación de Nuestro Señor Jesucristo agonizante y de la Santísima Virgen participando en sus Dolores", llamada comúnmente de la Buena Muerte[4].

[3] Manuel Revuelta González, "La Compañía de Jesús en la España Contemporánea", Volumen 3, página 638.

[4] Por la bula *Redemptoris nostri*, de 23 de septiembre de 1729 el Papa Benedicto XIV declaró "primaria" la Congregación de la Buena Muerte de la casa profesa de Roma, poniéndola bajo la autoridad del Prefecto General de la Compañía, y extendió los privilegios a las congregaciones que se le agregasen, lo que produjo que las mismas proliferasen por muchas ciudades.

Estas Congregaciones, que se caracterizaban también por dar humilde auxilio a los moribundos y reos de muerte, se desarrollaron por la península y por Nueva España, sufriendo las mismas persecuciones y vicisitudes de la Orden hasta llegar, coincidiendo en el tiempo con la desamortización de Mendizábal en 1.834, a su práctica extinción; y, fruto póstumo de aquella extinta institución, la Compañía tomó como propia la advocación al Santísimo Cristo de la Buena Muerte. Es en este contexto como, desde un principio, la originaria Mesa de la Hermandad acuerda constituirse bajo la advocación del Crucificado de la Buena Muerte.

Y, para completar titularidades, deciden que la madre dolorosa que habría de acompañar a su Hijo adopte el nombre de Reina de los Mártires de Córdoba, de modo que se uniera el espíritu de las congregaciones de la buena muerte con una de las más acendradas tradiciones de la devoción cordobesa[5].

Desde siempre ha existido una extendida e infundada creencia de que el Padre Fernández Cuenca S.I., alma espiritual de la Hermandad, depositó el desarrollo inicial del proyecto de la nueva Cofradía en la persona del insigne médico cordobés Don Enrique Luque Ruiz. Sin embargo, y aunque éste fuera su primer Hermano Mayor, hay que partir de un dato prácticamente ignoto para la mayoría de los cofrades de Córdoba, consistente en que

[5] En este asunto tuvo gran parte de "culpa" Don José Martín Riber, quien fuera Vicedecano de la Facultad de Veterinaria de Córdoba, y auténtico depositario de la historia hagiográfica de esta ciudad.